

las formalidades comunes, practicadas con los demás, acompañó sus reverencias con una cierta risita muy graciosa, con un cierto mirar alegre y tierno, y con otras varias señales de singular complacencia. El Escocés, demasiadamente advertido para no conocer, que no había desagradado á Madama, se detuvo un poco debaxo del balcon, y tuvo la fortuna de oír de su misma boca, que podía subir, si era servido de descansar un rato. Hallabame yo con ella, quando él entró; y oí, que despues de un cumplimiento muy lacónico, la convidó á irse á divertir á la corrida de los Caballos, permitiendole el honor de que la fuese sirviendo. Ya se figurará Vmd. que Madama no le haría el desayre de negarse á tal convite. Aceptó-le prontamente, y se detuvo fuera de casa hasta bien tarde. Entonces, volviendome yo á Leonilde: querida, la dixé, este es el tiempo en que comenzaré á ser todo tuyo. Madama ya se ha proveído de otro amante, y se olvidará de mí. Lo peor es, me respondió la Damisela, que yo tambien estoy casi para seguir el exemplo de mi ama. ¿Has visto al Camarero de la posada? Tiene un corte de cara, que me gusta infinitamente. Confieso la verdad; me siento toda abrasada por él. Ya ves que yo no soy muger que sepa fingir. Yo te hablo con sinceridad. Si te dá la gana de admitir compañía en la posesion en que estás de mí, así como yo admití la de Madama en la posesion que me pertenecía, proseguirás gozando la mitad de mi correspondencia; ni mas ni menos,

como hasta ahora he estado gozando yo la mitad de la tuya. Juro á Vmd. que nunca he oído cosa que me dexase tan atónito como esta. Miré á Leonilde con todo el desprecio que merecia una muger tan infame, y en medio de mi baxo nacimiento tuve espíritu para abominar de tan desca-rada iniquidad. Desde aquel mismo punto huí de tan detestable compañía, y transitando por vuestra casa de campo, me proveí de un poco de dinero, me puse en camino para Francia, la giré casi toda, y llegué á esta Ciudad, donde tuve la fortuna de encontrar á Vmd. Acabado su discurso, se despidió de mí; y yo, lleno de un justo horror por la diabólica disolucion de aquellas dos infernales mugeres, dí mil gracias al cielo por haberme librado de ellas.

CAPITULO VII.

Abandona la fortuna á Don Abél en Turín. Encuentrase en esta Ciudad con una pobre pordiosera. Quién era la tal pobre. Divertida conversacion que tiene con ella y con otra compañera suya.

Líbrase impensadamente de su presente miseria.

Proseguí mi viage (continúo Don Abél), pasé los

los Alpes, llegué á Turín, donde resolví detenerme algunos dias, habiendo encontrado con quien exercer mi profesion. Pero en esta Ciudad (lo que jamás me habia sucedido) comenzó á abandonarme la fortuna. Me hallé con jugadores, que eran más afortunados que yo: fuese disminuyendo mi tesoro, y habiendome obstinado en no mudar de puntos (contra todas las leyes del juego), en el breve espacio de dos meses perdí todo quanto tenia. Comencé á hacer pronósticos, y me costó gran trabajo conseguir del amo de la posada, que me diese de comer y de beber, mientras me venian de España las letras de cambio. Habia conservado hasta entonces el anillo, que me habia dado Poliandria, y viendome precisado á deshacerme de él, hallé que apenas valia seis miserables pesetas, aunque en la apariencia se representaba de gran precio. Mientras tanto yo andaba siempre solo y pensativo, buscando de intento las calles menos frequentadas, visitando Iglesias, y paseandome por los claustros de los Conventos, divirtiendome en leer epitafios de sepulturas, y epígrafes de sepulcros. Una mañana que estaba embelesado, queriendo entender una inscripcion Longobarda sobre cierta sepultura, que estaba á la entrada del mismo cementerio, sentí que me tiraban de la capa, y volviendo la cabeza, me encontré con una muger asquerosa; cubierta la cabeza con un sucio trapo de lienzo, y el resto de su desastrado trage remiendos mal zurcidos de diferentes colores, la qual

qual me dixo: apostemos, Señor Don Abél, á que usted no me conoce? Cierito, la respondí, que no me acuerdo de haber tenido jamás ese honor, ni semejante fortuna. Y en medio de eso (replicó ella con gran desembarazo) en otro tiempo tuve la dicha de que Vmd. me mirase con buenos ojos, por mas de un dia, y aun por mas de un mes. Descubre tu bella cara, repuse yo con picaresca ironía, y entonces puede ser que te conozca. No se hizo de rogar para darme gusto, y entre los emplastos y pegotes, de que tenia entapizadas las megillas y la frente, pude descubrir no sin dificultad algunas facciones de la primera camarera de nuestra famosa Madama Poliandria. ¡Ah Leonilde! exclamé todo admirado y aturdido: ¿es posible que te he vuelto á ver, pero en estado tan infeliz y miserable! ¡O qué fortuna la mia! ¿Por qué me habla Vmd. de una manera, que me hace conocer la ninguna compasion que le merecen las desgracias de su próximo? Yo soy un hombre, proseguí, que me compadezco infinito de todos los que se compadecen de mí, y me conduelo, quando veo castigados del cielo los que hicieron algun mal. Me pareceria ofender á la Divina Justicia, si no mirase con dolor á los que ella castiga. Segun eso, replicó la pordiosera, usted se ha mudado mucho, y es muy diferente de aquel Don Abél á quien yo conocí? Asi es, la respondí yo, y de esta mudanza tiene la culpa tu gentilísima Señora. Por ella me veo en la mayor miseria y pobreza que

que se puede imaginar; si hubiera ella sido mas agradecida, ó menos ingrata, gozaria yo ahora de todos los bienes que el Señor me dió, y ambos tendríamos mas de lo suficiente para pasarlo con decencia en esta vida. No vaya Vmd. mas adelante en esas quejas, me interrumpió Leonilde: yo le haré tocar con la mano, que está muy reconocida á los beneficios que recibió de Vmd. y que desea darle pruebas reales y efectivas de su grande arrepentimiento. ¡O! la repliqué prontamente: eso es lo que yo no quiero, ni deseo experimentar. Dale las gracias por su buena disposicion, y díla de mi parte, que ya Don Abél no se halla en estado de merecer sus favores, porque tampoco su bolsillo tiene fuerzas para suplir los robos de su Mayordomo y Tesorero. Verdad es, que, segun creo, al presente se contentaría con un par de quartos, y que la bastaria poder lograr por mi medio alguna plaza en el Hospital de los incurables: pero ni aun esto poco puedo hacer, porque tambien yo vivo de limosna, y me han recogido por caridad en una casa. Todas esas desgracias de Vmd., repuso Leonilde, las sabe muy bien la Señora Poliandria, quiere, y puede en gran parte remediarlas; para lo qual desea abocarse con Vmd. en este mismo sitio mañana á las ocho de la mañana. Esta si que es buena, repliqué yo medio enfadado y medio riendo. Si Poliandria no está mejor equipada de lo que te veo á tí, á fé que podrá bien efectuar sus generosas y loables intenciones. Antes bien,

re-

repuso ella, la verá Vmd. aun mas andrajosa que yo; pero ¿quién quita que Vmd. vea un efecto enteramente contrario á todas las apariencias? Está bien, la dixé entonces: mañana á estas horas estaré en este mismo sitio, y sin contestarla mas, la volví las espaldas, y me fuí á otra parte.

Esperé la mañana siguiente á que diesen las ocho, y me fuí en derechura al cementerio, curiosísimo de saber en qué paraba aquella cita de Madama. Tardó poco ésta en dexarse ver, no tanto vestida, como zabullida en un desdichado saco, todo cubierto de asquerosos trapos, que desprendidos y colgando por todas partes, hacian figura de flecos, y el resto atestado de remiendos heterogéneos como saco de bobo, ó vestido de botarga; un manto de tafetán, tan raído y agugereado, que por unas partes se asomaban los cabellos, y por otra se salia á trozos la mitad de la cabeza; la delantera de unos zapatos viejos enchancletados, de manera que parecian castañuelas de los pies; un rosarión largo y de cuentas gordas en las manos, que parecian labradas á lo mosayco, por las costras y costurones que formaba una sarna caballar que se descubria en ellas. ¡Bello espectáculo para un hombre que vuelve á ver á su dama despues de una larga ausencia! Con todo eso debo confesar, que no obstante lo mucho que me habia hecho sufrir aquella desdichada muger, no pude negarla la compasion, y aun acaso tambien alguna lágrima, quando la ví en tan lastimosa figura. Ella fue la prime-

ra

ra que rompió la conversacion, diciendome: Don Abel, este es el tiempo en que Poliandria quiere haceros conocer, que está muy arrepentida del exêcrable delito que cometió contra todas las leyes del agradecimiento y del honor. Aunque me veís en estos asquerosos trapos que por sí mismos están publicando la mas miserable pobreza, os aseguro que soy mas rica de lo que pensais. Entre los remiendos de este trapo viejo (poniendome en la mano un pedazo de sayál, todo embutido de arrapiezos) hallarás cosidos cien doblones; ellos servirán de restitucion con alguna usura, por lo que gastasteis conmigo la primera noche de nuestra conversacion. Usad de ellos como quisieréis, en la inteligencia de que esto solo es un principio de lo mucho que puedo hacer por vos. No puedo negar lo sorprendido que me quedé al oír tan estraña proposicion. Me parecia que soñaba; pero sin embargo tomé el pedazo de sayál, que hallé ser muy pesado: me le acomodé como pude debaxo del sobaco, y guardéle con infinito cuidado. Despues la dí gracias, y no pude menos de decirla con esta ocasion: Señora, supuesto que sois tan rica, ¿por qué no os haceis curar esas asquerosísimas costras, que forman un fastidioso baxo relieve de vuestras bellas carnes? ¡Ah, Don Abel! respondió luego ella; y qué sencillo que sois! Sabed, que todo esto que veís es una ilusion, una mera apariencia, efecto de cierto emplasto muy particular. En lavándome



*Encuentro de D.ⁿ Abel con Poliandra
y esta en traje de pobre, pordiosera, le dá
cien doblones embueltos entre unos remiendos.*

con un poco de agua caliente, queda mi carne tan fresca, tan blanda y tan delicada, como si me lavára con el agua de manteca que venden los perfumeros de París. Baxo este astroso y pobrísimo traje se esconde otro que no estaria mal á qualquiera de las primeras damas de Londres, y mi camisa es mas fina y mas sutil, que la que viste el Gran Señor en Constantinopla, y el Emperador de la China en Pekin. El misterio que se esconde baxo esta ridícula y extravagante apariencia es grande y muy singular. Si os pica la curiosidad de saberlo, no teneis mas que ir mañana á la Veneria, donde os conducirá una persona que yo os enviaré, y donde no dudo quedareis satisfecho y muy contento de todo lo que vereis. Diciendo esto, se despidió de mí, y yo me fuí á casa derecho y apresurado, para dar libertad á mis pobres cien doblones, que estaban presos, ó cosidos dentro del hipócrita sayal.

El día siguiente alquilé un caballo, y partí á la Veneria. Ya se sabe que ésta es una deliciosa casa de campo del Rey de Cerdeña, Duque de Saboya. Apenas entré en una hermosa y larga carrera de árboles, que vá á embocar en palacio, se me puso delante un hombre despilfarrado, que venia arrimado á un palo, y caminaba cogeando. Señor Don Abél, me dixo, sígame Vmd. y sin hablar mas palabra, me volvió las espaldas, y comenzó á caminar delante del caballo. ¿Creerán ustedes que el ca-

ballo, siendo así que era joven y de brio, apenas podía alcanzar á aquel lacayo de tan estraña figura? El hecho es, que quando llegamos como á doscientos pasos de la Veneria, el tal lacayo cogió el camino de la derecha, y arrojando de sí el palo, olvidado de que era cojo, comenzó á caminar como un gamo. Entónces sospeché que el dichoso lacayo era verdaderamente de aquella especie de criados, que mas convenian á una dama como mi Señora Doña Poliandria Gavilán. Caminariamos como una milla y media por senderos poco practicados, que nos conduxeron á una casuca, fabricada en el rincón de un vallecito muy delicioso. Entramos en el corral, y luego que desmonté, me salió á recibir Leonilde, pero en traje muy diferente del que tenia quando se me presentó en el cementerio de Turin. Estaba vestida de blanco, sembrado á trechos el vestido de lazos, ó rosetones rojos, lo que daba un gran resalte al garbo natural, y muy proporcionada disposición de su persona. ¿Qué transformacion es ésta, Leonilde? la pregunté admirado. O yo deliro, ó estoy viendo real y verdaderamente efectivas las mentidas transformaciones de Ovidio. Yo estoy al presente ni mas menos como me hizo la naturaleza, me respondió ella; ni el artificio tiene otra parte en esto, que el haber acertado en la elección de un vestido que hace sobresalir un poco mas los dones con que me regaló aquella madre universal de todas las criaturas.

En-

Entre Vmd. Señor Don Abél, y allá dentro encontrará motivos para admirarse mucho mas, quando vea á su antiguo pique Madama Poliandria. Dicho esto me hizo entrar á un salón alhajado con mucho gusto y primor. Al mismo tiempo que yo, entró en él por otra puerta Madama, vestida del mismo modo que su camarera, solo que la tela blanca de su vestido estaba toda ricamente recamada de flores de plata y oro: calzaban sus menudos pies un par de zapatos cubiertos con la misma tela, bordada de las propias flores; y sus dorados cabellos estaban adornados con varias piochas de brillantes, que formaban diferentes figuras, distribuidas por toda la cabeza con exquisito gusto y delicada simetría; y tenia en la mano una especie de dardo, que terminaba en punta de plata. Hubiérala yo tenido por otra Diana, á no saber tan de antemano, que merecia mejor el nombre de Venus. Bella Poliandria, la dixé riendo, ya veo que el emplasto de que usais para que os tengan por el asco de las mugeres, es un milagroso específico para hacerlos parecer mas hermosa que vos misma. Ese traje de ninfa que cubre vuestros delicados miembros, es tan acomodado á lo que pide este ameno y solitario sitio, como los asquerosos trapos de que os vestís en la ciudad, son los mas convenientes para que todos os crean la mas infeliz pordiosera, y el deshecho mas miserable de un hospital. No creo yo que la diosa de la caza se presente vestida con

mayor magnificencia , ni con gusto mas superfluo en el monte Parnaso , ni en ningun bosque de la Arcadia. Segun eso , me respondió ella , á vos os tocara hacer aqui una figura , que dexase muy atrás al amable pastor de Cária ; Ah Señora ! repliqué prontamente : no quisiera yo que ántes bien me tocáse hacer la de Anteón. Sonrióse un poco de esta mi chufleta , mas hablándola luego en serio : por Dios , la dixé , no me tengais suspenso por mas tiempo , á vista de las extravagancias que estoy viendo. ; Decidme cómo se compone una habitacion tan acomodada y tan deliciosa como ésta , con la triste figura que quereis representar quando vais á Turin ? Para que entendais mejor todo el misterio , respondió ella , me será preciso dar principio á mi relacion por todo lo que pasó desde aquel tiempo , en que con tanta ingratitud hice que te echasen de tu misma casa de Holanda. No es menester , la repliqué , que tomes el agua tan arriba : basta que comiences desde que Rafaelino te abandonó en Amsterdám , despues que te vió entregada á los amores del Caballerito Escocés. De todo lo que precedió á este suceso me informó menudamente mi inmediato sucesor , de cuya verdad no puedo dudar , habiéndome enseñado la experiencia , que eres una muger capáz de las mas árduas resoluciones. Siendo eso asi , repuso Madama , me alivias de un gran trabajo , y llegaré mucho mas presto al fin de mi discurso.

CAPITULO VIII.

*Prosigue la historia de la Aventura,
y como Don Abél hizo las paces
con ella.*

Luego que el Caballero Escocés volvió del paseo , se halló sin rival que le pudiese competir (prosiguió Poliandria) y con esto fue inmediatamente colocado en el trono de mi amor , ni mas ni menos como el camarero de la posada lo habia sido en el de Leonilde. Mi nuevo amante tenia dinero , y esto era justamente por lo que yo le amaba tanto. Propúsome si me queria ir con él á Escocia , y no encontró en mí la mas mínima dificultad para darle gusto. Salí pues de Amsterdám , dexando recomendada la casa y todas mis cosas (ó por mejor decir las vuestras) á mi criada Leonilde , encargándose ella y su nuevo amigo de la custodia de todo hasta nuestra vuelta. Duró pocos meses mi viage á Edimburgo , patria de vuestro tercer sucesor : me probó mal el temple de aquel país por lo obscuro y nebuloso , y asi facilmente le persuadí á que nos restituyésemos á Amsterdám. Teniéndome por noble , como me jactaba de ello á cada paso , se persuadió á que las complacencias que conseguia de mí , eran efecto de un vehementísimo amor á su persona , quando en realidad solamente lo eran de mi insaciable